

nitud de la vida, de la fertilidad sobre la tierra. Es como dice uno de los personajes de Eurípides el que reina en medio de los festines, entre las coronas de flores, el que ama las danzas joviales al son del caramillo, el que hace nacer las risas regocijadas y disipa los negros cuidados; el que al verter su nectar sobre la mesa de los dioses, aumenta la felicidad y ofrece a los mortales, en su copa, el sueño y el olvido de las penas.

A la vista de esta explosión de loca alegría que ofrece un pueblo que hace escasamente una década supo sufrir y luchar y sacrificar la vida por la patria, bajo el suplicio de todos los dolores, pienso en la inferioridad quizás y en la desgracia de los hombres que nunca supimos ahogar en una copa de vino ninguna de nuestras preocupaciones y nuestras penas.

Y cuando me inclino ante la Signora Pasqualis y reverentemente rozo su mano en homenaje que rinde mi hidalguía a la suprema gentileza de su hospitalidad, admiro en el nimbo de sus cabellos rubios, rubios como los de las cabezas del Tiziano, el recuerdo de la inmortal belleza de la diosa Cora, nimbada de pámpanos, de mirtos y de flores en los feraces valles de la Campania.

Y mientras el tren rueda y resuenan en la lejanía los ecos de la fiesta báquica, que sigue en

